



PILAR
RAHOLA

ROSA
DE
CENIZA

Pilar Rahola



Rosa de ceniza

Traducción de Josep Escarré

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Rosa de cenbra*

© Pilar Rahola, 2017

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2017

© Por esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2017

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2017

Depósito legal: B. 5.477-2017

ISBN: 978-84-08-16992-5

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

| | |
|----------------------------------|-----|
| Preámbulo (18 de julio de 1909) | 11 |
| El Batallón de Cazadores de Reus | 13 |
| Chispas (1905) | 17 |
| Un señor con sombrero | 19 |
| Un muerto al atardecer | 53 |
| Un maestro de escuela | 75 |
| Llora ¡ <i>Cu-Cut!</i> | 95 |
| Cartas cruzadas | 125 |
| Fuego (1909) | 137 |
| Bodas de sangre | 141 |
| «A sus órdenes, gobernador» | 176 |
| Una hoguera | 214 |

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Y se van los soldados... | 244 |
| Al barranco del Lobo iremos a morir | 279 |
| Como una rosa de fuego | 302 |
| | |
| Cenizas (1909) | 339 |
| | |
| El espliego | 341 |
| Un vaso de horchata | 344 |
| Cae la noche | 363 |
| Un cuadro | 383 |
| Post scriptum | 389 |
| | |
| Notas | 391 |

UN SEÑOR CON SOMBRERO

Se ajustó el sombrero de copa con energía y, después de ponerse los guantes, esperó a que el mayordomo le abriera el portalón de la casa de los Grimau, donde acababa de pasar la noche con los compañeros de la Lliga. Como de costumbre, había sido una velada animada en la que todo el mundo parecía saber cómo resolver los problemas de Cataluña. La llave del portalón hizo un ruido sordo cuando giró el pestillo y Albert pensó que era el lamento de la cerradura, que se quejaba.

Al salir a la calle dejó que la fina lluvia de aquella noche de noviembre lo mojase, y mientras subía por Rambla de Catalunya, camino de su casa, recordó uno de los refranes de la abuela Mariona, «Noviembre mojado, hombre adinerado» y se rio, burlón. Él ya era un hombre adinerado, y no le hacía ninguna falta un noviembre lluvioso, porque había sabido sobreponerse a la recurrente pobreza de su familia y ahora acumulaba una envidiable

fortuna. Hacía años que lo invitaban a las mejores casas, y aunque sabía que lo miraban con el desprecio propio de los intrusos, porque su fortuna no venía de lejos ni era de noble linaje, él se lo tomaba como una victoria. «Me desprecian, pero los pobres infelices no pueden evitar invitarme», y esa idea lo hacía sentirse poderoso.

No era un hombre refinado, ni se había criado en una buena familia, ni había tenido nodriza, ni había tomado clases de francés, ni de hípica, toda esa instrucción de la que disponía la gente con la que ahora se relacionaba. Pero tenía intuición para los negocios y un talento innato para los números, y estas habilidades, sumadas a una notable capacidad para embaucar y mentir, fueron la puerta de entrada a otra vida.

A menudo, cuando salía de esas veladas con grandes prohombres de Barcelona, se tomaba un tiempo para pasear, y durante ese rato ocioso repasaba los grandes cambios de su vida. Era un superviviente, un resistente, un triunfador, se repetía, y al pensarlo se frotaba las manos con enfermizo deleite. Tras regresar de las guerras de ultramar, otros hombres como él no habían levantado cabeza, y vagaban por el mundo como despojos humanos con la piel cubierta de llagas y heridas mortales en el alma. «Yo también fui un despojo», y cuando esta idea le arañaba el cerebro reaccionaba como un animal herido, dispuesto a matar a su cazador.

Sentía el peso de la señal bíblica de la desgracia desde que había nacido, pero... «Vencí al diablo». Y entonces su mirada se volvía oscura.

Era rubio, como todos los Albert de la familia, y había sido un joven de buena apariencia, aunque un poco bajito, «herencia de la familia materna», aseguraba riendo, y con el tiempo se había encorvado ligeramente. Si hacía un esfuerzo, recordaba un tiempo en que había sido alegre, aunque era seco por naturaleza y la guerra lo había vuelto arisco. Sin embargo, a pesar de su carácter amargo, que con los años había empeorado, se sentía como si lo hubiesen bendecido con la fuerza de los héroes.

Al fin y al cabo, él era un héroe, un pobre soldado de reemplazo que había vuelto a casa tras sobrevivir a la fiebre amarilla y a una violenta viruela que le había dejado en herencia unas marcas en la cara. No tenía ni oficio ni beneficio, hijo, nieto y bisnieto de menestrales de Gràcia que apenas lograban sobrevivir. Su tío había muerto siendo soldado, en la época de los Matiners, «Llevas su nombre, Albertet, que Dios lo tenga en su gloria», y sus padres sobrevivían con dificultad, su madre cosiendo y su padre en la fábrica del Vapor Vell de Sants, hasta que perdió el trabajo durante la gran crisis de los terciopelos, pocos meses después de que él regresara de Cuba. Recordaba los esfuerzos que habían hecho los obreros para intentar salvar el empleo, cómo se habían propuesto trabajar la mitad de tiempo e in-

cluso a rebajarse el sueldo, y cómo la empresa no lo aceptó y muchos perdieron su empleo, su padre entre ellos. «Esta es la lección de la vida —se repetía como una letanía—, es mejor ser el dueño que ser el obrero.» Y si en el pasado había tenido simpatía por la rebeldía de sus padres y había compartido sus ideales republicanos, ahora todo eso ya no importaba, porque el único ideal que el Albert que había vuelto de Cuba tenía era el de sobrevivir.

Evocaba a menudo aquellos primeros días de 1873, cuando llegó a casa un simulacro de sí mismo, los restos de un cuerpo que caminaba, comía y dormía, pero que ya no era él, porque él ya no sabía dónde estaba. Recordaba sobre todo el primer instante, cuando llamó a la puerta de sus padres y, al oír el ruido sordo de unos pies que arrastraban los pasos, supo que le abriría la abuela Mariona. Aquellos segundos, hasta que abrazó a su abuela, le devolvieron una paz antigua, y por un breve instante se sintió como el joven que se había ido a Cuba, tres años atrás. Sin embargo, ya no era aquel joven inconsciente, y ahora regresaba dentro de un cuerpo viejo que escondía un alma aún más vieja, y como un viejo lo vio su abuela, que se impresionó tanto al verlo que se sintió mareada. Los abrazos de aquellos primeros minutos, de su madre, de su abuela, de sus hermanas, se le habían grabado en la memoria y los vivía de manera ambivalente. A veces eran como una especie de salvavidas al que podía agarrarse

cada vez que estaba atemorizado, asustado o se sentía desgraciado. Pero a menudo eran el recuerdo del hombre derrotado al que él mismo había matado, con sus propias manos, para resurgir como un ave fénix, transformado y poderoso. No le quedaba nada de aquel joven lejano, ni necesitaba el calor de la familia, ni deseaba nostalgias que lo distrajeran de la única meta que se había puesto: hacerse rico y vencer a los hados que lo habían maldecido.

De aquel tiempo perdido solo salvaba un recuerdo que no había conseguido ahuyentar: el momento en el puerto, a punto de embarcar, cuando su abuela le dio un trozo del corpiño de su boda mientras le decía «Vuelve»; y después de haber cogido el corpiño subió al paquebote, camino de la guerra. Pero después, nada, ningún clavo al que agarrarse, ninguna esperanza, ningún motivo para vivir, solo el miedo, el dolor y la muerte. Su abuela le había ordenado que volviera, «Vuelve», apretándole las manos con fuerza, y esa idea fue el único aliento que lo acompañó durante los años de la guerra, cuando ya había perdido toda noción de quién era.

Volvió. Pero el horror de Cuba lo había transformado tan profundamente que ni él mismo sabía cómo era, aunque sí sabía que aquel joven ingenuo había desaparecido, herido de muerte por las garras de la guerra.

El 11 de febrero de 1872 «Hoy, que han proclamado la República», gritaban sus padres y los veci-

nos y su abuelo y todos los que lo abrazaban, Albert regresó a la vida anterior a las bombas y a las heridas y al «cólico prieto» y a la viruela y al calor húmedo que lo asfixiaba, y a las ciénagas llenas de insectos que enfermaban a los soldados, y a los cuerpos amontonados de los caídos, que a menudo pisaban cuando intentaban escapar. Regresó a un mundo y a una vida que había olvidado y a la cual, en realidad, nunca más podría regresar. Un día en que su madre se quejó de que ya no era el hijo tierno que ella recordaba y que ya no la abrazaba, le respondió con una violencia impropia del trato que tenía con ella, «¿Cuántos centenares de muertes crees que hacen falta para perder la alegría?», y sintió tanta rabia que salió de la casa y no volvió hasta la noche. Ya no reconocía nada de lo que era conocido, e incluso lo rechazaba, porque sus padres, su abuela, la casa de Gràcia, su querido tío Elpidio, que siempre quería contarle historias de su campo andaluz, incluso él y todos los demás eran la vida que quería hacer desaparecer...

En la guerra de Cuba había muerto el Albert que un día fue, y ahora, de vuelta en el nido, tenía que construirse de nuevo, como un renacimiento, porque no era nadie, ni el que había sido ni el que quería ser, ni tampoco sabía quién quería ser. Pero sabía una cosa: «Jamás volveré a ser un desgraciado». Y al hacerse ese juramento, en aquellos primeros tiempos de su regreso, odiaba todo cuanto

lo rodeaba, la casa, los amigos, la familia que lo consentía y lo quería, y lo odiaba porque, queriéndolo, lo ataba a esa vida de la que quería huir.

Y lo consiguió. «Sí, lo he conseguido», se dijo pletórico, mientras rememoraba la velada que acababa de vivir en casa de los Grimau. Desde que había hecho fortuna «Y he sabido conservarla», se repetía con orgullo, Albert vivía muchas veladas como esa, y la normalidad con la que lo invitaban a las cenas y a los grandes actos sociales era el síntoma inapelable de su triunfo.

Los Grimau eran unos empresarios de la industria textil que habían amasado una gran riqueza el siglo anterior exportando algodón. Eran muy amigos de Francesc Cambó y habían participado activamente en la protesta por el cierre de Caixes, después de que el ministro Fernández Villaverde impusiera un aumento de impuestos a las empresas catalanas para pagar las deudas de la pérdida de Cuba. «Nos quieren asfixiar», «No quedará nada del empresariado catalán», «Basta de abusos», eran las letanías que se repetían esos días en las familias acomodadas de Barcelona y también en las tiendas y en los talleres y en muchos círculos de las castigadas clases medias. Reuniones, discusiones en el seno de las entidades empresariales, y al final, con el liderazgo de la Lliga de Defensa Industrial i Comercial de Barcelona de Sebastià Torres, la decisión de cerrar momentáneamente las tiendas y las

fábricas y de ese modo no pagar las contribuciones a Madrid.

«¡Quién nos iba a decir que en España reaccionarían con tanta brutalidad!», se lamentaba Grimau al recordar la represión del Gobierno contra la protesta, con el encarcelamiento de empresarios y la clausura de centenares de comercios. «Y el doctor Robert, dimitiendo como alcalde de Barcelona para no tener que firmar las órdenes de embargo de los comerciantes, ¡qué gran hombre, que en gloria esté!», recordaba alguien invariablemente. «Pero, amigo Grimau, gracias a la reacción de Madrid hemos creado la Lliga», decía Dalmau Soler, un poderoso industrial metalúrgico, mientras añadía: «Era la única manera que teníamos de defendernos». Y en ese punto de la conversación, los presentes acostumbraban a recordar los inicios de aquella nueva opción política, cuando Cambó y Prat de la Riba, junto con el doctor Robert y otros grandes prohombres de la sociedad catalana procedentes de la Unió Regionalista y del Centre Nacional Català, crearon la Lliga Regionalista. Albert había recortado la noticia que apareció en *La Veu de Catalunya* el 31 de mayo de 1901...

Ha quedado definitivamente constituida la Lliga Regionalista como resultado de la fusión del Centre Nacional Català y de la Unió Regionalista, que tiene por objeto, como consta en los estatutos: trabajar

por la reivindicación de los derechos y la defensa de los intereses de Cataluña para conseguir, por todos los medios legales, la autonomía del pueblo catalán dentro del Estado español.

«Las bases de Manresa de la Unió Catalanista serán nuestro texto fundacional», dijo Prat de la Riba en las primeras reuniones del nuevo partido, «Y dejaremos a los lerrouxistas a la altura del betún», remachó Grimau convencido del éxito.

El éxito llegó y la victoria de los «cuatro presidentes» de la lista, encabezada por el doctor Robert, fue abrumadora. «Madrid nos ha enviado a Lerroux para destruirnos, pero nosotros lo hemos hecho picadillo», gritaban los seguidores la noche electoral, y, durante esos días de euforia, Albert llegó a creer que quizá todo eso le interesara de verdad, más allá de sus ambiciones y de la posición que le otorgaba. «Igual acabas siendo político», le decía su mujer con sorna.

De todo lo que ocurrió en los primeros tiempos del partido, lo que más emocionó a Albert fue conocer al doctor Robert. Sentía una profunda admiración por aquella eminencia médica, reconocida en toda Europa, que había sido un alcalde de Barcelona ejemplar; capaz, incluso, de dismantelar la red caciquil que dominaba la ciudad. «¡Y en el 98, cuando fue a Madrid para reclamar el concierto económico y la Diputación única y la creación de

escuelas industriales!», comentaba uno. «¡Y la valentía que muestra en las Cortes cuando defiende Cataluña!», remachaba otro. Y entonces la conversación derivaba hacia los furibundos ataques de los diputados españoles contra los catalanes: «¡Ya lo ha dicho el doctor Robert, que eso no parece un Parlamento sino un tribunal de justicia!».

Un día, Albert formó parte de una comitiva de la Lliga que acompañaba al doctor Robert a dar una conferencia en el Ateneu Barcelonés cuando aún no se había trasladado al Palau Savassona y tenía la sede en la Rambla dels Caputxins. Nada más enfilar el paseo, los curiosos empezaron a pararlo. Algunos lo aplaudían, otros querían hablar con él, las mujeres lo abrazaban y le acercaban a sus hijos, y cada paso hacia la sede era un viaje interminable. Cuando llegaron a la puerta del Ateneu, donde lo estaban esperando Josep Yxart y Àngel Guimerà, había pasado media hora desde que habían empezado a bajar por la Rambla. En una de las reuniones de la Lliga alguien leyó las palabras del poeta Maragall sobre el doctor Robert...

Preguntad a cualquier catalán, al llegar a Madrid, si conoce al diputado o al senador de su distrito: probable es que no, aun cuando lo haya visitado, pero a Bartomeu Robert lo conocen los pobres y los ricos, las mujeres y los hombres; todos han acudido alguna vez a reclamar sus auxilios...

... que a Albert le parecieron muy elocuentes. Y aunque no era un hombre dado a admirar a los demás, con el doctor Robert hacía una excepción, porque le reconocía una autoridad moral superior. Por eso, cuando en 1902 murió de un ataque al corazón durante una cena en el restaurante Casa Prince, mientras se dirigía a un grupo de médicos, «y acababa de visitar a mosén Cinto, que ya estaba muy enfermo, el pobre, y mira por dónde, él murió antes...», Albert sintió una profunda rabia y abandonó las leves tentaciones para interesarse de verdad por la política. La lluvia deslució el día del entierro, pero no evitó que el cortejo reuniera a miles de personas que querían rendirle el último homenaje. Elisenda acompañó a Albert a la ceremonia, y cuando Domènec Martí i Julià, el gran psiquiatra y amigo del doctor Robert, dijo unas palabras... «Al morir, los hombres como Robert siguen vivos en el corazón de los que se quedan...», ella apretó la mano de su marido y lloró en silencio. Al llegar a casa, Albert, en voz alta, dijo «Hemos perdido a un gran catalán».

Del doctor Robert y de la Lliga y de Lerroux, y de la necesidad de unir los partidos catalanes, «o siempre nos van a ganar», y del rey y de Cambó y de Prat de la Riba, y también de los anarquistas, y de las ideas extremistas de Ferrer i Guàrdia, de todo ello se hablaba en esas veladas a las que asistía Albert, sacudidas a menudo por alguna encendida discusión.

Aquella noche había sido como muchas otras, con la estancia de los Grimau llena de empresarios, artistas, dirigentes de la Lliga y un sinfín de nombres propios del país. También estaba Narcís Oller, que vivía en el edificio de al lado y era muy amigo de los Grimau, además de ser uno de los escritores de cabecera de la Lliga. Ferran Agulló, el secretario del partido, pidió silencio...

Apreciados amigos, hoy tenemos con nosotros al amigo Oller, nuestro gran escritor. Os invito a escuchar la lectura de su artículo en *La Veu de Catalunya*. Nadie atina tanto como él. Querido Narcís, cuando quieras...

Con los aplausos a coro, el escritor se levantó con parsimonia, sonrió a los allí reunidos, que guardaban un silencio casi litúrgico, y, después de toser, empezó a leer. Albert se quedó mirándolo con el punto de cinismo con el que observaba aquel universo social que ya era el suyo, aunque nunca lo era del todo. «¡El gran Narcís Oller!», se dijo mientras aplaudía, y una idea lo hizo repentinamente feliz: la convicción de que su presencia ante aquel hombre era una mueca burlesca de los dioses, «que se ríen de los perdedores». Justamente él, que se había enriquecido con los juegos truculentos de la Bolsa, estaba reunido con el escritor que había retratado aquella orgía de riqueza de los años ochenta.

ta, cuando se levantaban castillos en el aire que se caían al primer soplo. Pero el castillo que Albert había levantado era de una piedra maciza que había forjado con constancia, inteligencia y un sentido radical de la fragilidad del dinero, «que se va de prisa cuando llega de prisa». Sin duda, era un personaje de *La febre d'or* de Oller, con la diferencia de que él no había perdido su fortuna, como le ocurría al protagonista de la novela. «¡El gran Oller!», se repitió satisfecho, convencido de ser el más listo de aquella estancia.

Albert se afilió a la Lliga enseguida, pocos meses después de su creación, al mismo tiempo que su amigo Xió, quizá la única persona de toda esa sociedad acomodada que Albert consideraba cercana, porque era como él, un recién llegado, un nuevo rico cuya repentina fortuna había comprado el estatus social del que disfrutaba. Pero a diferencia de su amigo, que era un católico de misa diaria y un ferviente defensor del autonomismo, Albert no tenía ni ideología, ni ideales. Esa militancia en la Lliga solo era un paso en la consolidación de su posición social, un instrumento para formar parte de ese mundo barcelonés blindado a los intrusos.

Al fin y al cabo, aunque no le interesaba nada la política, entendía perfectamente el juego de alianzas y de influencias que le garantizaba el estatus, sin el cual no habría podido hacer grandes nego-

cios. Y a pesar de despreciar los juegos políticos con convicción, leía con la misma aparente convicción *La Veu de Catalunya* y era capaz de sostener debates sobre cualquier tema delicado que saliera en la conversación. Tanto que a menudo imaginaba que debía de tener dotes de actor, porque nadie lo ganaba haciendo apasionadas reflexiones en contra de los impuestos de Madrid, o de los abusos del rey, o a favor de la autonomía, e incluso se atrevía a hablar sobre temas del extranjero. Como el día de la independencia de Noruega, que hacía pocos meses había ocupado los artículos de *La Veu* y las conversaciones de la Lliga durante semanas, en las que las discusiones sobre la idea de un Estado catalán subieron de tono.

Él se sentía más cómodo con la idea de la autonomía dentro de la monarquía española, porque le parecía la única idea sensata que alejaba a Cataluña del riesgo de una revuelta, y si algo temía por encima de todo era que los hechos radicales pusieran en peligro la posición social que había conquistado. Ya tenían bastante con las bombas anarquistas, que causaban el terror por doquier. Y cuando hablaba de los anarquistas, invariablemente, el recuerdo de la bomba del Liceu lo ponía de muy mal humor, como si esa tragedia se hubiera dirigido contra su propia familia. A fin de cuentas, era una bomba contra el estatus que había conseguido y, por lo tanto, una bomba contra él mismo.

Por eso, cuando Cambó recibió al rey con un discurso de bienvenida en su reciente visita a Barcelona, él asistió al acto y aplaudió con convicción. No estaba en absoluto de acuerdo con la postura de Jaume Carner ni con la de Domènech i Montaner y otros que querían boicotear al Borbón, y cuando todos los contrarios a la visita abandonaron la Lliga, Albert creyó que se habían quitado un lastre de encima. «Demasiado liberales, nosotros somos gente seria y ordenada.» Claro que después de la escisión vendría la derrota de dos años atrás, pero aquella circunstancia no lo hacía cambiar de opinión.

Gente de orden que hacía discursos ordenados, y eso le pareció el discurso de Cambó ante Alfonso XIII. «Ordenado y también valiente, ¡porque ha pedido la autonomía municipal ante el rey en persona!», elogiaban unos o rechazaban otros, porque, si para Albert y para toda la corriente conservadora aquel había sido un gesto valiente, para los que querían reclamar la autonomía regional Cambó había sido servil y cobarde. Pero cuando intentaron matar a Maura frente a la iglesia de la Mercè, al lado del rey, Albert se reafirmó en la idea de que Cambó tenía razón: tenían que ser prudentes.

Sin embargo, lo más importante de aquella visita no había sido el discurso de Cambó ni la milagrosa salvación de Maura, sino su presencia en el acto en homenaje a Alfonso XIII. Tener derecho a

estar en esa sala, con la cercana presencia real, era la consolidación inequívoca de su estatus. Y si debía luchar por algo no sería por una revuelta ni por un ideal, sino para que nadie pusiera en peligro lo que había conseguido.

Era un cínico, o se había convertido en uno, y cuando su hijo Enric le escupía agrios reproches y le decía que era una vergüenza para la familia, que había traicionado el espíritu de todos los miembros que habían caído bajo los fusiles, que no se merecía una abuela como Mariona, que se había rebelado para salvarle la vida, y que no había muerto de milagro, cuando todo eso salía de la boca de un hijo cada vez más distante, él solo tenía una respuesta: «Tú no irás a morir a ninguna guerra, porque yo, tu padre, podré comprar tu libertad».

De qué servían tantas heroicidades, tantas hazañas y tantos disturbios si solo acumulaban cadáveres, se preguntaba, y con esos pensamientos que lo reafirmaban, liberado de cualquier atisbo de mala conciencia, se ajustó de nuevo el sombrero y empezó a subir por la Rambla de Catalunya, convencido de que la rebelión era el recurso de los perdedores.

En el tramo final del paseo hasta su casa se entretuvo recordando sus años en Cuba, un ejercicio que solía hacer a menudo. Aquellos recuerdos ya no le causaban ningún dolor, sino más bien todo lo contrario, tenían efectos balsámicos porque for-

talecían las decisiones que había tomado durante los años siguientes, incluso las que, a ojos de los demás, se habrían considerado delictivas. «¡Un delincuente!», dijo, soltando una carcajada, feliz por saberse impune a las acciones fraudulentas e incluso violentas que lo habían llevado a la riqueza. Había engañado, especulado, robado, pero, sobre todo, había matado a un hombre. Y sin aquella muerte, que él no deseaba pero que consideró inevitable, no habría podido hacerse rico.

Al pensar en ello, se detuvo y por unos instantes le pareció que la conciencia lo interpelaba, pero era un espejismo, porque hacía muchos años que había aprendido a sentirse orgulloso del hombre en que se había convertido. Al fin y al cabo, si lo habían enviado a matar hombres al otro lado del océano, sin más motivo que la defensa de los intereses de los poderosos, ¿quién podía reprocharle que matara a un hombre solo para defender a los suyos? ¿Era más despreciable por matar a un viejo envilecido que el marqués de Comillas, que enviaba a miles a matar y a morir? Aquella era la jungla del mundo en el que vivía, donde los fuertes devoraban a los débiles sin piedad ni remordimientos.

«La única regla de la vida es la de triunfar», se decía, y con la convicción de que el triunfo social era la gran lavandería de los pecados, porque nada los limpiaba con tanta precisión, continuó con su paseo liberado de todo mal recuerdo y de toda culpa.

Aun así, todavía le quedaba algún recuerdo de la guerra que mantenía su capacidad de herirlo, como si fuera un puñal eternamente afilado, a pesar de los años y el óxido. Era el recuerdo del calor asfixiante que desprendían las hogueras de los ingenios de azúcar que los soldados del líder cubano Céspedes encendían para destruir la fuente de riqueza del imperio mientras gritaban «¡Viva Cuba libre!». Un mestizo de edad indefinida, aunque a Albert le parecía que había nacido viejo y que se encargaba del rancho en el convento que el Ejército español había convertido en cuartel, donde pasó los primeros meses, le explicó que aquel era «el grito de Yara», porque en el pueblo de Yara era donde las tropas cubanas se habían enfrentado por primera vez a los españoles.

Los incendios eran feroces y llenaban rápidamente la atmósfera de un humo espeso que no permitía saber de dónde venían los enemigos, mientras el aire que respiraban les quemaba la garganta y los dejaba sin aliento. A menudo había jóvenes que acababan medio asfixiados, y el resto pasaba por encima de ellos en una carrera enloquecida por salvar la vida. Él estaba seguro de haber pisado el cuerpo de algún compañero.

Cuando llegó a La Habana no sabía nada de cañas, ni de ingenios de azúcar ni de cualquier otra cosa de aquella isla inhóspita, y tampoco sabía nada sobre ser soldado; y de la guerra solo conocía el

miedo que le daba pensar en ella. Pero la travesía fue la primera prueba amarga y el primer contacto con la muerte. Embarcó en el *Guipúzcoa* en el puerto de Barcelona, un impresionante buque mercante de la compañía de Antonio López antes de ser nombrado marqués de Comillas, y mucho antes de que él mismo lo conociera como invitado en su gran mansión de la Rambla.

«Aquel día, cuando llamé a la puerta...», se dijo con un placer tan intenso que casi le dolió. Recordaba la fecha con precisión, 15 de junio de 1882, la primera vez que lo invitaron a un evento de la alta sociedad. Hacía pocos meses que había consolidado su fortuna y su nombre empezaba a ser conocido en Barcelona, pero la invitación de la familia López llegó de manera fortuita, a remolque de unos banqueros con los que había hecho negocios y que lo invitaron a acompañarlos. Nadie sabía que aquel joven empresario al que saludaban con pulcritud había sido un soldado de reemplazo arrastrado a la guerra de Cuba. La vida era así de extraña, un fatídico día embarcaba en un buque del marqués para ir a las guerras de ultramar y doce años después era uno de los invitados a la selecta fiesta que este daba en su casa. Del barro a la cumbre, de la derrota al triunfo, de ser un soldado de reemplazo sin dinero ni atributos a un señor con sombrero de copa y bigote a la húngara, invitado a las celebraciones de quienes lo habían enviado a la guerra.